

Sesión necrológica

en memoria del Ilmo. Sr. Dr. D. Enrique Hernández Giménez

Celebrada el 6 de octubre de 2021

Enrique Gastaldi Orquín

Académico de Número de la R. Acad. Med. Comunitat Valenciana

EXCMA. SRA. PRESIDENTA DE LA RAMCV;
EXCMO. SR. PRESIDENTE DE LA ACADEMIA DE FARMACIA DE LA CV;
SRAS. Y SRES. ACADÉMICOS;
M^a DELIA, QUIQUE, DELIA, MANOLO Y FERNANDO;
SEÑORAS Y SEÑORES;
QUERIDOS AMIGOS.

Deseo primeramente expresar mi agradecimiento a la familia del Profesor D. Enrique Hernández, que a través de su hija Delia, me confiriera el honor de solicitar de mí unas palabras en este acto. Sean estas primeras para agradecerle al Profesor Enrique Hernández su iniciativa y ánimo para que optara a ser Académico Numerario de esta loable Institución con el apoyo y aceptación de mis ilustrísimos compañeros de esta Real Academia de Medicina de la Comunidad Valenciana.

Y es más, al preparar estas letras me ha cabido la enorme satisfacción de conocer le inmensa figura del Profesor Don Enrique Hernández Giménez como profesional (que no conocía) y reafirmarme en mi admiración y respeto de su persona que me cupo el placer y honor de conocer.

Mis predecesores han glosado la enorme labor del Profesor Enrique Hernández como pionero de la Microbiología no médica en Valencia. Esto es así porque a finales del siglo XIX y hasta mediados del siglo XX, la Microbiología estaba centrada casi exclusivamente en el estudio de las enfermedades humanas y se impartía en la Facultad de Medicina, donde la valenciana tiene una rica y prestigiosa trayectoria. Un ejemplo es la participación durante la epidemia de cólera de 1885, y junto a Jaime Ferrán contribuyendo a la aplicación de la primera vacuna contra esta enfermedad. En pocas semanas se vacunó a más de cincuenta mil personas, entre ellas a Don Santiago Ramón y Cajal.

Fue una vida estrechamente ligada a la historia de la Microbiología no médica en Valencia que resulta imposible separar la una de la otra

Me cabe a mi intentar glosar la figura de Don Enrique como una gran persona. Esa “*bona gent*” que diría nuestro San Vicente Ferrer.

Enrique Hernández Giménez nació el 19 de diciembre de 1933 en Requena.

Sus padres eran un matrimonio muy católico y practicante. Decía de su madre que *“era una mujer de casa, preocupada siempre por sus hijos, su familia, con un gran espíritu cristiano, sensible, humana y solidaria, siempre tratando de ayudar en todo lo que podía a la gente de su entorno”*

Esta fue la gran base para la formación de la persona de D. Enrique. Y lo digo porque sé que Enrique entendía a los hombres y mujeres formados por cuerpo y alma. Y estas eran sus creencias. Y las creencias de un hombre que son las que dan sentido a su vida.

Se trasladó a vivir a Valencia en 1947. Estudió en el Colegio de San José de los padres Jesuitas que decían: *“Formamos hombres para el futuro”*. Y él mismo afirmaba *“que a la vista de la trayectoria profesional de mi vida y la de mis compañeros, puedo decir que lo lograron”*

Decía que no tenía claro por qué estudió Farmacia. Pero su afición al laboratorio montado en Las Casillas y el consejo de sus padres lo decidieron.

Estudió la carrera en Granada, como se ha referido anteriormente. Y allí conoció a María Delia Pérez, la que sería su esposa, su *escipio* (su apoyo) en la vida. Como diría Miguel Delibes: su *“mejor mitad”*.

Su vuelta a Valencia se produce porque su madre le informa que venden la farmacia de al lado de su casa. Enrique manifestó que gracias ese sustrato económico le había permitido proporcionar a sus hijos la mejor educación dentro de sus posibilidades.

Y es que para D. Enrique, la base de su felicidad profunda e íntima habéis sido vosotros María Delia, Quique, Delia, Manuel y Fernando. La obra de la que se sentía más orgulloso.

Enrique estaba especialmente orgulloso de su familia; pero también de sus numerosos amigos. Y que gracias a sus diferentes ocupaciones se había establecido una profunda unión entre ellos. Algunos estáis aquí. Otros que he conocido están con él en otra parte.

Era un hombre sencillo. Le gustaba la lectura. Enrique aprendió a leer en el Quijote que fue su libro de cabecera y al que acudía con frecuencia para deleitarse con las aventuras y desventuras del hidalgo manchego. Le encantaba la música, jugar al dominó con sus amigos y sus hijos, y hacer crucigramas. Le gustaba viajar. Además, fue un gran aficionado a los toros y un gran entendido. Y era un gran gourmet. Le gustaba comer. Algo que era evidente en su persona. En fin, un hombre profundamente vital.

Fue un profesor, un doctor, un investigador y una gran persona. Un *magister* que en palabras de María Moliner *es un sustantivo o calificativo que se aplica con especial respeto a la persona de la que se han recibido enseñanzas de mucho valor.*

El profesor Justo Nieto dijo de Don Enrique, que para ser un caballero de verdad hay que tener un poco de sabio, un poco de artista y un poco de humilde, porque el ser, y el ejercer, de caballero es un diploma virtual que lo da el alumno al profesor. Y que la mejor definición, el mejor elogio, la mejor descripción que se puede hacer de D. Enrique Hernández (como ha mencionado el Profesor Javier Hernández en su *Laudatio*) es la de fue un caballero universitario.

Enrique falleció el pasado 29 de abril después de una larga y limitante enfermedad que llevó con la sencillez, entereza y abnegación cristiana que fue el faro de su vida. Siempre cuidado y atendido por su esposa María Delia con el apoyo de sus hijos.

Pero Enrique vive. Vive en la transcendencia de un más allá. Y en su presencia en nuestro recuerdo, especialmente de su familia, de sus amigos y de tanta gente que lo conoció y lo quiso.

Si Enrique estaba especialmente orgulloso de su familia, María Delia, Quique, Delia, Manuel y Fernando, vosotros podéis estar muy orgullosos de él.

Descanse en paz.

Laus Deo